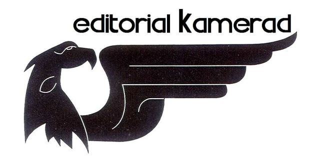
Hacia el poder a los 25 años

Léon Degrelle





Hacia el poder a los 25 años

Léon Degrelle

Hacia el poder a los 25 años

Yo he visto, a los treinta y ocho años, saltar en mil pedazos mi vida de jefe político y romperse mi vida militar (general, comandante de un cuerpo de ejército)

¿Cómo, a los veinticinco años, se podía irrumpir tan joven en la vida de un Estado, y llegar al umbral del poder tan rápidamente?

Evidentemente, el éxito depende de las coyunturas históricas. Es un hecho que algunas de ellas no producen más que aburrimiento y ahogan toda vocación. En tanto que en otras, lo que es excepcional, surge, se acrecienta, se despliega. Si Bonaparte hubiese nacido cincuenta años antes, hubiera terminado sin duda su carrera como tripudo comandante militar de una ciudad provinciana. Hitler hubiese vegetado, sin la Primera Guerra Mundial, como un semi-burgués amargado, en Múnich o en Lintz. Y Mussolini hubiera podido llegar a maestro en Romaña para toda su vida, o pasarla en la prisión Mamertina, conspirador impenitente, en los siglos somnolientos de los Estados pontificios. Las corrientes espirituales y pasionales, al igual que los ejemplos que animaban Europa hacia los años '30, abrieron a las vocaciones y a las ambiciones horizontes excepcionales.

Todo fermentaba, todo estallaba: la Turquía de Ataturk - coloso impresionante de salud, que se juergueaba por las noches como un sargentón, y ejercía durante el día una autoridad omnipotente; el único dictador que murió con oportunidad, es decir, en su cama - al igual que Italia, en la que acababa de enseñorearse Mussolini, César motorizado. De un país anarquista y cansado, el *Duce* había, en algunos años, rehecho un país ordenado.

"Si yo fuese italiano, sería fascista", llegó a decir un día Winston Churchill.

Él mismo me repitió esta frase una tarde, después de comer en el restaurante de los comunes de Londres.

Y, sin embargo, Italia le irritaba; se había atrevido a pasar del papel modesto que le asignaron las potencias, a país imperial, reservado hasta entonces en exclusividad al insaciable apetito y al orgullo británico.

El ejemplo de Mussolini había fascinado a Europa y al mundo como nadie había logrado hasta entonces.

Se le fotografiaba con el torso desnudo, segando las mieses en las marismas desecadas del Agro Pontino. Sus aviones franqueaban el Atlántico en escuadras impecables. Una inglesa se había precipitado a Roma, no para proclamar un amor histérico, como tantas otras, sino para descargarle muy poco amablemente una pistola cuya bala rozó un ala de su nariz. Sus *balillas* desfilaban cantando por todas partes. Sus obreros inauguraban impresionantes instalaciones sociales, las más clamorosas del continente por entonces. Los trenes italianos ya no se detenían en pleno campo, como en 1920, para obligar a bajarse al cura que había tenido la impertinencia de ocupar un lugar en él.

Reinaba el orden. Y la vida. Todo progresaba, sin partidos para cacarear. Y sin conflictos sociales.

Nacía la Italia industrial, del E.N.I. a la Fiat, en la que Agnelli creaba, por orden del *Duce*, un coche popular mucho antes de partir con los voluntarios italianos hacia el frente ruso donde, en 1941, luchó a nuestro lado en la cuenca del Donetz.

Esta Italia industrial que encontró su puesto en el mundo después de la muerte de Mussolini fue - y se olvida demasiado a menudo - creada por el *Duce*.

Su gran imperio africano iba a extenderse, en algunos años, desde Tripoli a Adís Abeba, sin que Mussolini se dejara intimidar por las protestas internacionales de

países hipócritas que ya entonces estaban saciados y no soportaban la idea de que los países pobres tuvieran la insolencia de expandirse o, por lo menos, de saciar su hambre sin tener que emigrar miserablemente cada año, 100.000 o 200.000 estómagos vacíos hacia los bajos fondos de Brooklyn o hacia las soledades de las pampas sudamericanas.

En cada país, millares de europeos volvían sus ojos hacia Mussolini, estudiaban el fascismo, admiraban su orden, su vistosidad, el empuje de sus importantes realizaciones políticas y sociales.

"¡Se debería hacer aquí lo mismo!", repetían, moviendo la cabeza. Innumerables descontentos y, sobre todo, toda una juventud sedienta de ideal y de acción, aspiraban a que alguien los elevase a su vez, como Mussolini había hecho en su patria.

En la propia Alemania, el ejemplo italiano no dejó de ayudar a la historia de Hitler. Éste, es cierto, se hubiera bastado a sí mismo. Poseía un sentido prodigioso de conducción de masas y de acción, un valor deslumbrante. Arriesgaba cada día su piel. Golpeaba, lanzaba ideas-fuerza elementales. Inflamaba a las masas cada vez más vehementes. Era, al mismo tiempo de una astucia y de una capacidad organizadora extraordinarias.

Su padre había muerto prematuramente una mañana, atacado por la apoplejía, cayéndosele la cabeza en el serrín de un café. Su madre se consumió, tuberculosa, pocos años después. A los dieciséis años era huérfano. Y jamás le ayudaría nadie. Había de abrirse paso completamente solo. Ni siquiera era ciudadano alemán, y sin embargo, en doce años se convertiría en el jefe del partido más importante del *Reich* y después, en su canciller.

En 1933, era el amo; había llegado al poder democráticamente, subrayémoslo, apoyado por la mayoría absoluta de los alemanes y por un parlamento elegido democráticamente, en el que los demo-cristianos y los socialistas aprobaron, con un voto especifico, la confianza en su gobierno recién nacido.

Plebiscitos cada vez más impresionantes reafirmaron ese sostén popular. Y aquellos plebiscitos eran sinceros. Después, se ha pretendido lo contrario. Es absolutamente falso. En el Sarre, provincia alemana hasta entonces ocupada por los aliados, que se instalaron allí desde el año 1918, el plebiscito fue organizado y supervisado por delegados extranjeros apoyados en tropas extranjeras.

Ni siquiera se autorizó a Hitler para hacer acto de presencia en la región durante la campaña electoral. Sin embargo, obtuvo en el Sarre exactamente el mismo voto triunfal (más del 80 %) que en el resto de Alemania. Proporciones idénticas se dieron en Dantzig y en Memel, ciudades alemanas, también bajo control extranjero. La verdad es la verdad, la inmensa mayoría de los alemanes, o bien estaban agrupados en torno a Hitler desde antes de su victoria, o bien, con un entusiasmo que crecía sin cesar, habían incrementado sus tropas, como lo hicieron millones de antiguos socialistas y comunistas convencidos de las ventajas de su dinamismo. Había creado millones de puestos de trabajo. Había inyectado una nueva fuerza a todos los sectores de la vida económica. Había restablecido por doquiera el orden social y político, un orden viril pero también un orden dichoso. El orgullo de ser alemán reinaba en todo el *Reich*. El patriotismo había dejado de ser una tara y se desplegaba como un estandarte glorioso.

Pretender lo contrario, afirmar que Hitler no fue seguido por su pueblo, es deformar groseramente el estado de espíritu de aquellos días y negar la evidencia de los hechos.

En el extremo opuesto, y exactamente por la misma época, la España del frente popular asombraba al observador extranjero por sus violencias absurdas y por su

esterilidad. Mucho antes de perder la guerra militarmente, el frente popular había perdido en España socialmente la guerra. El pueblo no vive de disparar los fusiles sobre los burgueses más o menos obtusos o sobre curas regordetes, ni sobre esqueletos de carmelitas desenterrados para ser expuestos en la calle de Alcalá.

El frente popular había sido incapaz - esto era, sin embargo, lo que importaba - de crear en España un esbozo, al menos, de reforma social. Nunca se repetirá bastante a los jóvenes obreros españoles que sus padres, entre 1931 y 1936, no conocieron bajo la jefatura de los rojos - entre los estruendos de los asesinatos y los incendios de conventos - más que salarios escandalosamente miserables, la inestabilidad del empleo, la inseguridad de cara a la enfermedad, al accidente, a la vejez.

El frente popular hubiera debido - ¡era una ocasión única de probar que los políticos de izquierda defienden al pueblo! - dar a la España obrera salarios que le hubiesen permitido vivir, seguros sociales que hubiesen garantizado materialmente su existencia, amenazada por el egoísmo capitalista, por las huelgas y por las crisis, que hubiesen asegurado a la familia del trabajador la seguridad en caso de accidente o de fallecimiento.

Socialmente, el frente popular fue un sangriento fracaso. En 1936 su fallo social y político frente a las realizaciones sociales, pujantes, siempre acrecentadas, del fascismo y del hitlerismo, saltaban a los ojos de todos los espectadores objetivos. Ello no podía más que dar mayor relevancia a los beneficios de las fórmulas del orden político y social frente a los fracasos de las fórmulas demagógicas, comunistas o socialistas, que se lanzaban en un Moscú sometido - y continuamente purgado - por Stalin o en un Madrid anárquico en el que el frente popular acababa, con cobardía de conejos, de secuestrar en plena noche y hacer asesinar a tiros por sus policías al jefe de la oposición, el diputado Calvo Sotelo.

En este ambiente, la crisis no podía menos de precipitarse en cada país de Europa. Me ayudó, es cierto, a plantar en un santiamén mi bandera sobre las almenas de la vieja ciudadela política, decrépita también en mi país, al igual que en todos los del continente.

Por supuesto, yo también habla nacido para dar esa batalla.

La ocasión y las circunstancias ayudan. Despejan el terreno, pero eso no basta. Es preciso poseer visión política, sentido de la acción, precipitarse sobre las ocasiones, inventar, renovar su propia táctica sobre la marcha, no tener jamás miedo de nada y, sobre todo, arder por un ideal que nada detiene.

Jamás, a lo largo de toda mi actuación pública he dudado un segundo de mi éxito final. Quien ante mí hubiese manifestado la mayor reserva sobre el particular, me hubiese dejado estupefacto.

¿He dispuesto, por lo menos, de colaboraciones extraordinarias o de medios materiales imponentes?

De ninguna forma. En absoluto. Yo no he sido apoyado por ninguna personalidad, ni siquiera de segundo orden. Logré mi gran triunfo electoral de 1936 rebuscando candidatos por todas partes, sin respaldo financiero de ningún dirigente ni de ningún grupo económico.

Nací en lo profundo de las Ardenas belgas, en una aldea de menos de 3.000 habitantes. Vivíamos encerrados, mis padres, burgueses provincianos, y siete hermanos y hermanas, en el corazón de nuestras montañas. La vida en familia. El río. Los bosques. El campo. A los quince años había entrado, en Namur, en el colegio de los jesuitas. Desde entonces escribía, y hasta, alguna vez, hablaba en público. ¡Pero cuántos escriben y hablan! A los veinte años, siendo estudiante de derecho y ciencias

políticas en la Universidad de Lovaina, había publicado algunos libros. Sacaba una revista semanal. Mis publicaciones se leían. Pero, en definitiva, todo aquello era más o menos lo corriente.

Después, se aceleró el despegue.

Me hice cargo de una editorial de la Acción Católica que se llamaba Rex (Christus-Rex.), del que nació el semanario *Rex* que habría, en dos años, de alcanzar tiradas realmente fabulosas para la Bélgica de entonces: 240.000 ejemplares vendidos de cada número.

Había tenido que espabilarme.

Lanzar a lo largo y lo ancho de un país un gran movimiento político, parece a todo el mundo una empresa que exige muchos millones. Yo no tenía dinero, esa era la cuestión.

Comencé publicando a quemarropa dinámicos folletos, inmediatamente después de cada acontecimiento.

Redactaba el texto en una noche. Los lanzaba estruendosamente, como una marca de jabón o de sardinas, a golpe de imponentes pasquines pagados en la prensa de gran circulación. Rápidamente había montado un equipo de catorce propagandistas motorizados (las motos no nos costaban nada, compensando su costo con publicidad en mis primeras publicaciones) Corrían por todo el país, repartiendo mis folletos y entregándoselos a los directores de establecimientos escolares, a los que les gustaba embolsarse comisiones considerables confiando la difusión de mis papeles a su muchachada. Los conductores de mis bólidos rugientes, también eran pagados únicamente en función de la cifra de sus ventas. Mis folletos alcanzaron rápidamente tiradas muy elevadas. Nunca menos de 100.000 ejemplares; incluso, una vez, 700.000 (fue un folleto sobre las apariciones de la Virgen en un pueblecito belga llamado Beauraing).

Así es que todo iba sobre ruedas.

Cuando apareció mi semanario *Rex*, disponía ya, además de mis agentes motorizados, de numerosos grupos de propagandistas entusiasmados. Se bautizaron a sí mismos rexistas. Comenzaron la gran conquista directa del público, apostados, sobre todo, a la entrada de las iglesias y de los cines. Cada centro de propaganda de *Rex* vivía de sus comisiones y subvenía, gracias a ellas, a todos sus gastos. Pronto fue nuestra prensa una fuente de ingresos considerables que cubría todos los desembolsos de nuestra actuación. Puede decirse que el fulminante desarrollo de *Rex* se logró así, gracias a una prensa escrita con un estilo dinámico y vendida con un estilo dinámico, pagada por los lectores que financiaron totalmente la gran penetración del rexismo.

Nuestro combate me obligó urgentemente a crear un diario, el *Pays Roel*. Disponía de 10.000 francos, ni un céntimo más. Con eso podía pagar la tercera parte de la edición del primer día. Fue preciso trabajar duro. Yo escribía por mí mismo lo esencial del diario, en unas condiciones inconcebibles. Mis textos representaban el equivalente a un volumen de trescientas páginas cada quince días. Pero el diario logró profundizar en el ambiente, alcanzando, después de nuestra victoria, una tirada sensacional: en octubre de 1936 más de 200.000 ejemplares de tirada media diaria, verificada notoriamente cada noche. Su gemelo flamenco saldría a la luz poco después con el nombre de *Nieuwe Steat*.

Pero la conquista política de un país debe apoyarse sobre la palabra tanto como sobre lo escrito. Jamás se había visto, ni en Bélgica ni en ningún otro país, un movimiento político reuniendo sus auditorios sin que ello costase caro a los organizadores. Sin embargo, disponer de tales sumas, incluso de sumas mucho menores, resultaba

materialmente imposible. Por tanto, era preciso llegar a los oyentes como había llegado a los lectores, sin ningún desembolso. Buscaría un público que no me costase nada. En los grandes mítines marxistas, se ofrecía en los carteles la contradicción pública, si bien es cierto que nadie acudió jamás a ella, pues cada uno tenía un gran cariño a sus huesos y a su integridad física. Yo me presentaba puntualmente. Cada noche estaba allí.

"¡Ese es Léon!", murmuraba la masa.

Rápidamente me conoció un público considerable. Y los incidentes organizados para meterme en cintura me ayudaron poderosamente, aireados por la prensa. Mis huesos, aparte de una fractura de cráneo en 1934, se mantenían asombrosamente intactos. Mientras tanto, nuestros propagandistas, inflamados por su ideal, estimulados por esta acción directa y por estos riesgos, habían llegado a ser decenas de millares: los muchachos más ardientes, las muchachas más bellas y mejor formadas. *"El Rex-appeal"*, diría el rey Leopoldo.

Pronto pude montar mis propios mítines. Mítines que desde el primer día fueron de pago. Eso no se había visto nunca, pero yo me mantuve en ello. Hasta la última noche de las campañas electorales, el oyente belga aportó, cada vez, al menos, 5 francos por oírme. La explicación era clara: una sala cuesta tanto; la publicidad, tanto; la calefacción, tanto; el alumbrado, tanto; total: tanto; cada uno paga su parte; es simple y lógico.

Di así varios millares de mítines en tres años, varios cada tarde, de dos horas cada vez, normalmente, siempre con contradictores. Un día hablé catorce veces desde las siete de la mañana hasta las tres de la madrugada siguiente. Escogía las salas más grandes, como el Palacio de los Deportes de Amberes (35.000 localidades) y el Palacio de los Deportes de Bruselas (25.000) ¡Más de 100.000 francos de entrada cada vez! Llegué a dar seis grandes mítines, durante seis días seguidos, a los que llamé *los seis días*, por haber batido este récord en el mayor local de Bélgica dedicado a pruebas ciclistas: ¡800.000 francos de entradas! Alquilaba fábricas vacías. Monté al aire libre en Lombeek, a las puertas de Bruselas, un mitin al que acudieron más de 65.000 oyentes: ¡325.000 francos de entradas!

Este dinero me importaba poco. Como jefe del *Rex*, jamás toqué ni un céntimo en concepto de sueldo o gastos de representación. El dinero no vale más que como un medio de acción. Pero nosotros teníamos, gracias a nuestros procedimientos y sin abrir la bolsa, un segundo y formidable medio de acción por todas partes. El resto lo hizo la imaginación. Nuestros propagandistas pintaban los puentes, los árboles, las carreteras. Incluso embadurnaron rebaños enteros de vacas que mostraban en sus flancos, a lo largo de las líneas del ferrocarril, las tres enormes letras rojas de *Rex*, provocando el buen humor de los usuarios de los trenes, encantados por lo imprevisto del espectáculo.

En un año, sin apoyo de nadie, a fuerza de tesón, de sacrificios y de fe, entre algunos millares de jóvenes habíamos revolucionado toda Bélgica.

En sus pronósticos electorales, los viejos políticos no nos adjudicaban ni un solo elegido. ¡De un solo golpe, tuvimos treinta y uno! Algunos eran verdaderos críos. El que volteó electoralmente al ministro de Justicia en Renaix, tenía justo la edad mínima indispensable para presentarse a candidato. Habíamos probado que con voluntad, y sobre todo cuando un ideal poderoso se mete muy dentro de uno, todo puede derribarse y todo puede ganarse. La victoria se rinde a quienes quieren y a quienes creen.

Digo todo esto para alentar a los jóvenes ardientes que puedan dudar de su éxito. Pero,

en realidad, quien duda de triunfar no puede triunfar. El que ha de forzar el destino lleva en sí mismo fuerzas desconocidas que tal vez sabios perspicaces y tenaces descubrirán algún día, pero que no tienen nada que ver con la maquinaria, física y psíquica, del ser normal.

"Si yo fuese un hombre como otro cualquiera, estaría ahora tomándome una caña de cerveza en el café del comercio", me había respondido Hitler un día, cuando comentaba con él, en tono, que el genio es normalmente anormal. Mussolini no era tampoco un ser normal. Napoleón, antes que él, no lo había sido. Cuando las fuerzas anormales que le sostenían le abandonaron, su vida pública se abatió como un águila a la que siegan de un golpe las dos alas.

Mussolini, durante el último año de su vida - era evidente y era trágico - flotaba como una bahía desarbolada sobre un mar que la sumergiría en cualquier momento. Cuando llegó la ola mortal, él no reaccionó. Su vida estaba acabada desde que las fuerzas desconocidas que le habían hecho Mussolini habían dejado de ser su sangre secreta. La sangre secreta: eso es. Los demás tienen una sangre vulgar, analizable, catalogable. Llegan a ser, cuando tienen éxito, honestos generales tipo Gamelin, conocedores de todos los hilos del Estado Mayor, que manejan con acierto; o políticos de cuello postizo, tipo Poincaré, meticulosos, aplicados u ordenados como recaudadores de contribución. Nunca rompieron un plato.

La humanidad normal desemboca, en su estadio superior, en especialistas en los temas, ya sean los temas el Estado o el ejército, o la construcción impecable de un rascacielos, de una autopista o de un ordenador. Bajo estos espíritus normales que se han distinguido, pasta el inmenso rebaño de seres normales que no se han distinguido. La humanidad son ellos: algunos millones de seres humanos de inteligencia media, de corazón medio, de ir tirando medianamente. Y he aquí que un día, de repente, el cielo de un país es atravesado por el resplandor deslumbrante del ser que no es como los demás, del que no se sabe todavía exactamente qué es lo que tiene de excepcional, pero que tiene algo excepcional. Este resplandor alcanza, en las masas inmensas, fuerzas del mismo origen que las suyas, pero atrofiadas y que, al recibir el choque emisor, se reaniman, responden, corresponden en pequeña escala, sintiendo sin embargo su vida transformada. Son animadas, alzadas por fluidos que jamás habían alcanzado en su vida normal, y de las que nunca habían sospechado que transformarían su existencia.

El hombre de genio es ese formidable poste emisor y receptor, que puede llamarse Alejandro o Gengis Khan, Mahoma o Lutero, Víctor Hugo o Adolf Hitler. Los genios arrebatadores de pueblos, los genios encantadores de colores, de volúmenes o de palabras, son proyectados en grado más o menos intenso, hacia destinos ineluctables.

Algunos locos también son, sin duda, genios; genios que se han deslizado, en el misterioso potencial del que un engranaje ha debido ser torcido o mal encajado al partir.

En definitiva, de esta clase de genios, los sabios, los médicos, los psicólogos no saben todavía casi nada. Pero un genio no se fabrica, no es el resultado de un enorme trabajo, sino que procede de un estado físico y psíquico ignorado hasta el momento, de un caso especial que debe producirse una vez cada cien mil, o cada millón, o cada cien millones. De ahí el pasmo del público. Y el lado grotesco de los juicios emitidos por el ser banal sobre el ser extraordinario que le desborda en todo.

Cuando oigo a seres primarios emitir doctoralmente juicios olímpicos sobre Hitler, o incluso sobre Van Gogh, o sobre Beethoven o sobre Baudelaire, me dan ganas, a veces, de echarme a reír.

¿Qué entenderán ellos?

Se les escapa lo esencial porque no tienen en actividad esa fuerza-misterio que es la esencia del genio, sea del genio total al máximo voltaje, sea del genio limitado porque su poder de expansión está menos cargado, menos denso, menos enriquecido, o bien está orientado hacia un sector limitado. El genio, bueno o malo, es, querámoslo o no, la levadura de la pesada y monótona pasta humana. Una pasta que caería por sí misma sin aquel estimulante. Esta levadura es indispensable. Y la naturaleza no la proporciona más que muy avaramente. Y aún es indispensable que las circunstancias sean tales que permitan a esas moléculas de vida superior fecundar la naturaleza uniforme, mil veces más considerable materialmente, pero que dejándola sola es vana, vegeta, no representa nada. Sin el genio que de cuando en cuando le transforma, el mundo sería un mundo de oficinistas. Solamente el genio hace que el universo salga a veces de su mediocridad y se lance hacia adelante. Apagado el resplandor, vuelve a la penumbra de la que solamente un nuevo relámpago le hará, quizá, resurgir un día.

Todo ello es lo que hace que la época de los fascismos, en la que lucieron genios auténticos, fuera cautivadora. En circunstancias excepcionales surgieron transformadores de pueblos que rayaron en lo excepcional. El mundo, gracias a ellos, conoció uno de los más extraordinarios giros de su historia.

¿Ha salido todo mal?

¿Y nosotros qué sabemos?

Durante la caída de Napoleón, también se creía que todo había salido mal. Y sin embargo, Napoleón ha dejado la humanidad marcada para siempre. Sin Hitler, ¿estaríamos, siquiera, como estamos, en el umbral de la explotación del átomo? ¿existiría un sólo cohete? Pues bien, el cambio radical de nuestra época arranca de ambos momentos.

La descarga del genio de Hitler, si bien ha provocado - y ello es todo un conjunto de circunstancias a analizar - catástrofes, no es menos cierto que ha aportado también una transformación radical en la orientación de la humanidad. El nuevo universo, nacido del drama hitleriano, ha provocado, en algunos años, un cambio irreversible de las condiciones de vida, del comportamiento de los individuos y de la sociedad, de la ciencia y de la economía, de los métodos y de las técnicas de producción, cambios más considerables que todos los que aportaron los cinco últimos siglos.

Hitler puede no haber sido más que la carga de dinamita que ha provocado la explosión gigante de nuestro tiempo, desencadenando la transformación del mundo contemporáneo. Pero la transformación ha tenido lugar. Sin Hitler, puede ser que todavía continuásemos siendo durante cientos de años, los mismos pequeños burgueses estáticos que fuimos durante el primer cuarto de siglo.

Desde 1935, el encendido del satélite Hitler era inevitable. El genio es imparable. Durante la cuenta atrás, cada país iba a participar, a su manera, y a menudo inconscientemente, en esa transformación fantástica. Algunos se comportarían como polos negativos - por ejemplo, Francia y el Imperio británico -; otros constituirían los polos positivos, cada uno de ellos acoplando piezas de la maquinaria de la que surgiría el mundo futuro. Pero en 1936, ¿quién hubiera podido adivinar que el mundo caduco en el que vivía iba a conocer una mutación tan absoluta? Hitler, renegando de las fuerzas desconocidas que eran su verdadera vida, ¿se daba cuenta exactamente del destino que le esperaba y que nos esperaba a todos?

Yo, como los demás, no veía todavía más que mi pueblo, al que extraer del marasmo político, al que salvar, tanto moral como materialmente. En 1936, el país, la patria, eran todavía el alfa y el omega de cada ciudadano. Un primer ministro francés como

Pierre Laval, ¡no había pasado un solo día de su vida en Bélgica, a 200 kilómetros de París! Mussolini murió sin conocer el Mar del Norte. Salazar ignoraba el color del Mar Báltico.

Yo había estado, sí, en Asia, en África, en Hispanoamérica. Había visitado Canadá y Estados Unidos. Pero apenas hablaba de ello porque hubiera podido parecer poco serio.

De hecho, el espíritu internacional, e incluso el espíritu europeo no existían. El único organismo mundial, la Sociedad de Naciones en Ginebra, era una vieja dama cotorra, en la que las gentes de buen tono hablaban condescendientemente. Había reunido durante veinte años los principales hombres de Estado europeos. Un Aristides Briand, ministro francés de Asuntos Exteriores, había entrevisto vagamente Europa. E incluso su concepción de ella era sumamente borrosa. Pero su caso era casi único. Europa, sin el fenómeno Hitler, hubiera quedado durante largo tiempo todavía tal como ella era entonces, cada país agitándose en los estrechos límites de su propio territorio.

En menos de tres años el Viejo Continente habría de mudarse totalmente. Casi no hubiera tenido tiempo de cerrar los ojos cuando el hongo de Hitler se abriría grandioso, pavoroso, sobre toda Europa. Su despliegue invadiría cada rincón del cielo, hasta el nivel del más lejano de los océanos.

“Solamente el genio hace que el universo salga a veces de su mediocridad y se lance hacia adelante. Apagado el resplandor, vuelve a la penumbra de la que solamente un nuevo relámpago le hará, quizá, resurgir un día.
Todo ello es lo que hace que la época de los fascismos, en la que lucieron genios auténticos, fuera cautivadora. En circunstancias excepcionales surgieron transformadores de pueblos que rayaron en lo excepcional. El mundo, gracias a ellos, conoció uno de los más extraordinarios giros de su historia.”

(Léon Degrelle)

